

elear el adulterio hasta la santidad del matrimonio profanando este, la mujer no existirá ya ni como esposa ni como madre; el hijo que salga de sus entrañas por una union imperfecta no reconocerá ya en ella sino una víctima deshonrada, ni verá en su propia existencia mas que el fruto de una paternidad egoista.

Así, alianza fraternal del hombre y de la mujer, alianza exclusiva é indisoluble en que el hombre ejerce sin embargo la principal autoridad, porque él es la fuente de donde ha sido tomada su compañera, y por la que esta le ha sido dada por Dios segun el lenguaje de la Escritura, como un *auxilio semejante á él* (1); tal es la constitucion regular de la familia, fuera de la cual no hay mas que opresion de la mujer y del niño, debilitacion del sentido moral, sustitucion del amor por la voluptuosidad, de la adhesion por el egoismo, y finalmente barbarie ó decadencia, segun la edad de las naciones donde se ha introducido el desprecio de las leyes fundamentales de la sociedad. La sociedad no es mas que el desarrollo de la familia; si el hombre sale corrompido de la familia, entrará corrompido en la sociedad. Si la sociedad quiere destruir la familia para regenerarse, no conseguirá con esto otra cosa que sustituir un orden facticio y contra la naturaleza al orden establecido por Dios, y caer en el doble abismo de una tiranía sin medida y de una disolucion desenfrenada. Este será el camino real de la muerte.

No siendo la sociedad sino el desarrollo de la familia, las leyes generales que rigen á la familia rigen tambien á la sociedad. Así como en el hogar doméstico es la mujer hermana del hombre, el ciudadano es en el foro hermano del ciudadano; así como el hombre no pertenece sino á una mujer, el ciudadano no pertenece sino á una nacion; finalmente, así como la mujer y el hijo deben obediencia y respeto al padre, así el ciudadano debe respeto y obediencia al magistrado de la ciudad. Si de la ciudad echamos nuestras miradas sobre el género humano, reconoceremos en él no obstante la diferencia de lenguaje, de costumbres y de fisonomía, el concilio disperso de una sola raza, la procedencia de una sola raíz, y diremos á cada hombre: Tú eres mi hermano; á cada nacion: tú eres mi hermana; y á todos, cualquiera que sea su color, su historia y su nombre: *hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne*. Es cierto que ya no hallaremos en el género humano la unidad de un solo padre, ni una obediencia comun y un respeto unánime: este

(1) Génesis, cap. 2, vers. 18.

orden se ha roto. Los campos de Babilonia han visto las ramas del árbol de la humanidad romperse en astillas, y á nuestros antepasados darse en una lengua confusa el adios de una separacion que todavía subsiste. Pero la hora de la unidad preparada y comenzada por Jesucristo parece aproximarse; las montañas se aplanan, los mares se reducen, y la humanidad cristiana, acon el vicario de Dios á su cabeza, lleva delante de sí é ilustra, con una superioridad asegurada para en adelante, á los pueblos que no han adorado todavía la palabra regeneradora del Evangelio. El amor de la paz retiene la espada dentro de la vaina; háblase del uno al otro cabo del mundo un lenguaje fraternal; el negro se sienta al lado del blanco en las grandes asambleas de las naciones; todo presagia á las inteligencias reflexivas una era de union, y el siglo en que se cumplirá sin destruir la diversidad ni la libertad de pueblos y naciones la profecía que nos anuncia *un solo pastor para un solo rebaño* (1).

Yo me detengo, señores, ante esa magnífica esperanza que debe consolar á todos aquellos á quienes preocupa el porvenir del género humano. ¿Por qué he de encontrar aquí tambien al racionalismo, como adversario de las verdades que interesan tan altamente á la dignidad del hombre y á su felicidad? No contento con haber presentado el estado social como un estado contra naturaleza, el racionalismo ha atacado su constitucion bajo tres aspectos importantes: ha negado la unidad de la raza humana, la unidad del matrimonio, y su indisolubilidad. No me ocuparé de estos dos últimos errores, de los que he hablado ya en la conferencia en que tratámos *de la influencia de la sociedad católica sobre la sociedad natural en cuanto á la familia*; y me limitaré á confirmar en pocas palabras la unidad sustancial que hace del género humano una familia, salida de un solo amor y de una misma sangre.

Parece, señores, que en el siglo en que vivimos, siglo en que las ideas de igualdad y de fraternidad ejercen un imperio general, si hay un dogma que no deba ponerse en duda, es el dogma que conduce á la unidad á todos los pueblos de que se compone el género humano. Mas el racionalismo creía coger aquí á la verdad cristiana *in fraganti* delito contra los documentos de la ciencia, y no podia dejar escapar esta ocasion de comprometerla en el ánimo de los que dan mas peso á la apariencia de los hechos que á la evidencia de las leyes. Esforzóse, pues, en establecer la diversidad absoluta de las

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 10, vers. 16.

razas humanas por el estudio comparado de las profundas desemejanzas que distinguen sus ramas mas importantes. Estas desemejanzas no pueden negarse; el sabio y el ignorante las descubren igualmente.

El malayo, el mongol y el negro, tienen rasgos característicos que no permiten confundirlos, ni entre ellos, ni con los del hombre europeo. Toda la cuestion consiste en saber si la diferencia es sustancial, ó si no es mas que un accidente; si constituye una naturaleza separada procedente de un origen propio, ó si no es mas que un matiz causado en un tipo primitivamente uniforme por circunstancias de tiempo, de lugares, de costumbres y aun por acaecimientos fortúitos, cuyo efecto y cuyo sello se han perpetuado despues.

Es incontestable que en seres de un mismo género y de la misma linea se introducen variedades muy sensibles; este es el resultado de dos fuerzas que mantienen la vida en un justo equilibrio: la espontaneidad y la inmutabilidad. Sin la espontaneidad, ó lo que es lo mismo, sin un movimiento propio y original, los seres permanecerian en el molde monótono de una uniformidad ingrata; sin la inmutabilidad, perderian bajo el influjo de su accion individual el tipo de su verdadera organizacion. Se ven, pues, á la vez libres y contenidos, y se modifican sin desnaturalizarse. Tal es la causa de esos cambios de fisonomía que no tienen nombre alguno cuando no se perpetuan, y que se llaman variedades cuando son bastante fuertes para trasmitirse y mantenerse. Porque así como la forma primitiva del ser viviente resiste á todas las mutaciones, la forma secundaria ó adquirida puede participar también de este privilegio, cuando las causas que la han producido se han inveterado y han pasado en cierto modo hasta las raíces de la vida. El padre ó la madre, y algunas veces los dos juntos, comunican á sus hijos las facciones y la expresion que ellos mismos han recibido de los autores de sus dias. Si este vestigio hereditario desaparece pronto en las familias de poca distincion, adquiere una persistencia tenaz en las razas templadas con mas fuerza, y que cuidan mas de no mezclarse con otras que no sean de su misma sangre. Nótase, sobre todo, este vestigio en la fisonomía particular de cada pueblo, cualquiera que sea la proximidad de clima ó de costumbres que haya entre ellos. El frances, el inglés, el aleman, el italiano y el español, que se tocan en un terreno de poca extension, que beben las mismas aguas, que tienen el mismo sol, que adoran al mismo Dios, y que han estado mezclados por una comunion no interrumpida de doce á

catorce siglos, todos estos pueblos tienen un tipo de figura que les es personal, y que hace que sean reconocidos al instante por el observador menos atento. Si esto sucede entre cuerpos de nacion sometidos á la influencia de elementos comunes, ¿qué sucederá con aquellos á quienes separa la distancia, la luz, el calor, los alimentos, las creencias, las costumbres, y finalmente todas las causas materiales y espirituales que obran sobre la vida, y que determinan en ella profundas modificaciones? Y si la desemejanza de dos pueblos europeos no acusa la diversidad de su primer origen, ¿cómo acusaría otra cosa la desemejanza entre el negro y el blanco, que la diversidad de su historia religiosa, política y natural? Lo que distingue al hombre es el tener un alma inteligente, unida á un cuerpo dotado de ciertas proporciones. Ahora bien, ¿no tiene el negro la misma alma que el blanco y el mismo cuerpo? ¿Quién dirá que el alma del negro no es humana, y que no es humano su cuerpo? Pues si el alma del negro es humana, si el cuerpo del negro es humano, ¿no será el negro un hombre? Y siendo un hombre, ¿quién le impide haber tenido el mismo padre que nosotros?

Así, señores, una ley fisiológica promulgada por el ilustre Cuvier ha decidido también esta cuestion. La ciencia ha llegado á conocer que todos los seres animados que se unen entre sí, y cuya posteridad permanece indefinidamente fecunda, pertenecen á la misma naturaleza, y remontan á una fuente primordialmente única. Dios no ha querido, á fin de mantener las grandes líneas de la creacion, que los seres de origen y género distintos pudiesen confundir todas las sangres por medio de alianzas caprichosas. Si sucede que este hecho irregular se verifique, obtendrá de la fecundidad engañada un primer resultado; pero no irá mas adelante: el orden recobrará inmediatamente su imperio, y la esterilidad castigará el fruto de un comercio reprobado por la voluntad del Creador. Ahora bien, señores, este anatema no alcanza á la union del negro con el blanco; sus juramentos recibidos al pié de los mismos altares, bajo la invocacion del mismo Dios, obtienen en una posteridad indefinida la gloria de un acto legítimo y santo. Hay mucho mas: las dos sangres se reconocen; la mas pura eleva á su esplendor á la que habia contraído alguna alteracion; de grado en grado, de enlace en enlace, desaparece toda disparidad; y los hijos de Adan vuelven á encontrarse, como hace sesenta siglos, en las facciones fraternales de su primer padre.

¡Atrás esas vergonzosas tentativas de una ciencia fratricida!

¡Atrás las voces que no respetan la inviolable unidad del género humano! Saludemos mas bien, cristianos, saludemos de lejos, vuelto el semblante hácia todos los vientos del cielo; á nuestros hermanos dispersos por la tempestad sobre playas tan distintas. Nosotros que hemos conservado mejor la encarnacion primitiva de nuestra creacion; nosotros que hemos recibido con una influencia mas dulce de luz natural una parte mejor de la luz increada; nosotros, hijos primogénitos de la verdad y de la civilizacion, saludemos á nuestros hermanos á quienes no hemos precedido sino para conducirlos, á quienes no hemos aventajado sino para que ellos nos igualen un día. Saludemos en ellos nuestra unidad pasada y nuestra unidad futura, la unidad que teníamos en Adán y la que nos espera en Dios. Demos la mano al malayo y al mongol; démosla al negro, démosla al pobre y al leproso. Todos reunidos, uniendo nuestros bienes y nuestros males en una inmensa y sincera fraternidad, nos vamos á Dios, que es nuestro primer padre. Vamos á Dios, que nos ha formado con el mismo barro, que nos ha vivificado con el mismo soplo, que nos ha penetrado con el mismo espíritu, que nos ha dado la misma palabra, y que nos ha dicho á todos: *creced y multiplicaos y llenad la tierra, y sometéosla y presidid en ella*. Solo él puede bendecirnos, él solo puede abrirnos una era de verdadera felicidad, de igualdad y de fraternidad. Sin él en vano grabaréis estas palabras sublimes al frente de vuestros monumentos. Treinta siglos hace que habian sido grabadas en las tablas del Sinaí por un dedo mas poderoso que el vuestro, y no obstante las tablas del Sinaí han caido de las manos que las llevaban y se han roto al pié de la montaña. Esto ha sucedido, porque sus leyes estaban escritas en piedra y no en el corazon del hombre. No escribais, pues, las vuestras en piedra; escribidlas con el dedo de Dios en vuestro propio corazon, para que desde él hablen al corazon de todos y se aseguren en él la duradera inmortalidad.

## SERMON QUINCUGÉSIMO SEGUNDO.

### Del doble trabajo del hombre.

Tendria aún que hablaros del estado en que Dios crió al hombre, primeramente como ser físico y luego como ser religioso. Bajo el primer concepto le dotó de la inmortalidad; bajo el segundo le preparó la participacion de la vida eterna por medio de un don al que la fe católica llama *gracia*, es decir, el don por escelerencia. Este deberia ser el objeto por el cual llamase hoy vuestra atencion; pero teniendo que tratar mas adelante del misterio de la resurreccion del cuerpo, reservo para entonces la explicacion de todo lo que concierne á la inmortalidad exterior del hombre; y en cuanto á su vocacion á participar de la vida divina por la efusion de la gracia, es una materia sobrado vasta para hablar de ella en un día que va á terminar nuestras conferencias de este año. La reservo tambien para mas adelante, y voy desde luego á hablar de las palabras con que termina la Escritura el relato de la creacion. Estas palabras son muy notables: *Dios acabó el séptimo día la obra que habia hecho, y reposó de ella el séptimo día. Bendijo el séptimo día y le declaró santo, porque en este día habia cesado de crear y de hacer su obra* (1).

Por donde veis, señores, que el mundo no habia sido obra de un instante, sino que Dios lo habia producido en un orden progresivo, distribuido en seis épocas que la Escritura llama días. No me detendré á exponeros este orden, que os es conocido, ni á justificarle. La ciencia se ha encargado de esto desde hace medio siglo; cada uno de sus descubrimientos ha venido á probar súbito la profundidad de la cosmogonía bíblica; y en fin las entrañas de la tierra, puestas al descubierto por tardías investigaciones, han revelado en el estado de sus capas sobrepuestas la realidad de la formacion sucesiva, que es la base de la narracion del Génesis. Ha sido necesario reconocer ó que Moisés habia sido inspirado por Dios, ó

(1) Génesis, cap. 2, vers. 2 y 3.